

Rewind

Cristian Bruna



Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

Fueron siglos, no, años desde que pensé en volver a escribir algún relato, cuento, poesía o lo que fuera. Todo con tal de darle tiraje a algo que para mí es conocido (eso creo). Es que desde la universidad tenía talento para las letras. Seguro que no era el mejor del curso, pero me defendía. En realidad y pensándolo bien, era bien flojo y cómodo, pero las cosas salían solas.

Para muchos el tiempo del colegio fue el mejor de sus vidas. Donde hicieron los mejores amigos, se hicieron las primeras "manfinflas" con la Yuri o la Lucerito. O simplemente conocieron al amor de su vida. Ese incondicional, con el que incluso perdieron la inocencia. Más allá de la realidad dibujada con adornos de Frutillita, lo cierto es que en el colegio yo lo pasé como las weas.

Y no fue porque no tuviera los medios, o porque no entendiera lo que los profes explicaban en clase. Lo cierto es que no me adapté nunca al sistema. A esta altura de la vida, cuando ya sobrepasé los 40, siento que la culpa no la tuvo la dictadura o mis padres. La culpa la tuve yo. Nadie más.

Hace unos años y en un ejercicio catártico mayor, traté de recordar porqué era tan hueón en el colegio. Me esforcé por entender. Pero sólo di con vagas respuestas. Miedo, sobre protección, flojera, cansancio, no sé. Un cúmulo de justificaciones que no me llenan o responden a lo que ahora siento. Si están pensando que me voy a ir en la profunda y que este será un tratado mamón, con laberintos de la mente sobre la justificación del ser; olvídelo. Está lleno de hueones que ya hacen eso e incluso le cobran por sesión.

Lo nuestro es ir al hueso. A aquellas épocas que marcaron nuestras vidas. Con anécdotas comunes. En tiempos que ya se fueron, pero que aún se reviven de vez en cuando en las reuniones con amigos. Historias que quedan flotando en el aire y que ahora las compartimos.

Parto diciendo que no les prometo nada. Si se ríe, si llora o se emociona, puede que sea efecto de algún medicamento, la glándula tiroides o la próstata que puede estar webiando. Lo que si le garantizo es que esto va a ser un viaje simple y sin mayor adorno conceptual. Salvo que la situación o los personajes lo ameriten. Es un trato... Uno de amigos o amigos. O mejor aún, como su orientación o tendencia así lo dicten.

Capítulo 2

Una fiebre, una obsesión

El verano del 86 fue uno de los más calurosos que recuerdo. Ese año fue especial. En mayo se jugó el mundial de fútbol en México. En ese tiempo tener TV a color era una gracia en Chile. Me acuerdo que mi papá compró una Tatung Dynamic. Una tele que tenía varias perillas y pequeñas palancas que ajustaban el dial y los colores.

La única finalidad que tenía el aparato era ver a Maradona en plenitud, sin perderse ningún movimiento de ese verdadero carrusel de vértigo y velocidad.

En ese tiempo la red social a la que podíamos acceder era la que provenía de los compañeros de curso en el colegio. Y los intercambios de likes, se hacían con las láminas del álbum del mundial, con el clásico "sila, nola".

Fue por esos años que llegó al curso el Antonio Saldaña. Flaco, crespo y siempre mirando el suelo, el "Tato", como le apodaron después los cabros, tenía una personalidad introvertida. Muchas veces era poco comunicativo y casi siempre contestaba con un gesto, más que alguna palabra o incluso sílaba.

Yo siempre lo miraba desde lejos, como tratando de saber que pensaba. En todo caso como niño de 10 años, nunca llegue a profundizar tanto el asunto.

Lo cierto es que durante los primeros meses del año crecimos en ansiedad, esperando que llegara el mundial. Chile no figuraba ni en las cómicas, pero en la calle la gente quería que Argentina ganara. No me pregunten por qué, pero a quien le preguntaban, estaba con la albiceleste clavada en el pecho.

Seguro que la historia del Diego tenía algo que ver. Su pasado "Cebollita", de extracción humilde, que se "shoo". Algo tenía ese equipo y en particular el "10", que los tenía a todos vueltos locos.

Días antes del inicio de la fiesta futbolera, en el colegio, teníamos todo preparado para ver los partidos. Los profes estaban más nerviosos que nosotros y en los quioscos ya no quedaban álbumes, ni láminas, ni posters, ni nada. La fiebre por el fútbol estaba instalada.

Se jugaron los primeros partidos y los trasandinos avanzaron sin problemas a cuartos de final, luego de dejar en el camino a los uruguayos.

Para muchos el duelo con Inglaterra era una especie de revancha por lo ocurrido en las Malvinas. Habían pasado sólo tres años, por lo que la herida estaba más que abierta. Nosotros mirábamos desde lejos el espectáculo, pero vivíamos el fútbol como si estuviéramos dentro de la cancha.

Capítulo 3

El "Tato" y la Mano de Dios

El partido de cuartos se jugó al mediodía. Esa mañana, las tensiones estaban a mil en el colegio. Nadie tuvo clases. Al Pelao Lucho se le ocurrió la brillante idea de jugar una pichanga en la cancha del patio. 20 por lado. Todo el curso estaba ahí.

Al Pelao siempre se le ocurrían estas ideas. Era entusiasta. Claro que una vez la mamá de dio la fleta, cuando lo pilló sacándole plata de la cartera para comprarle pastillas "media hora" a sus amigos. Lo castigo por "mañoso" y le cortó el pelo para que todos se dieran cuenta lo que había hecho.

Los más viejos contaban que las pichangas colectivas se daban pocas veces. De hecho se tejían historias, como la del guatón Manolo o el Mono Chávez. Personajes épicos, que ya no estaban entre nosotros. No es que se hayan muerto, sino que terminaron la enseñanza básica y habían partido a otros establecimientos.

Ahora era diferente. Todos se creían Diego, Ruggeri o Valdano. Motivación extra para saltar a la cancha. El único problema y como siempre era la falta de pelota. Por mucho que se intentaba tener un balón en la sala de clases, nunca estaba cuando se necesitaba.

Bueno, pero eso no iba a aguar la fiesta. Los trapos, envases o cualquier otro artilugio que rodara, servía.

Una bola de papel envuelta con cinta adhesiva. Eso fue, nada más y nada menos.

La suerte estaba echada. Veinte por lado y a la pista. A ratos se veían solo las piernas de los improvisados jugadores, mientras que la bola de papel sentía en carne propia la fatiga del material.

A los costados, las niñas sólo observaban en rito deportivo. Entre la multitud de féminas estaba la Aura. Sus rasgos sobresalían de inmediato. De piel blanca, casi rosada. Ojos verdes y pelo largo de color miel. Sin duda era la más bella del curso.

La verdad es que a esa edad esos atributos pasaban desapercibidos para nosotros, que sólo pensábamos: "pelota".

Aún quedaban minutos antes de que comenzara el duelo de Argentina. Sin embargo, el balón no aguantó más. Un "chute" furibundo terminó con su corta vida. Quedó deshilachado y repartiendo trozos de papel por todo el

cemento.

Por largo rato, el Tato había estado mirando a la Aura. Y ella, lejos de incomodarse, respondía coqueta. No sé si fue ese gesto, la insolación por estar tantas horas en el patio o que simplemente el Tato se cansó de ser invisible, que de su mochila sacó un envase de leche.

Sin mediar ningún comentario, abrió las aletas del envase, lo infló de un soplido y zas, ya teníamos de nuevo un balón.

- ¡Último gol gana!

Eso se le entendió por entre los labios al Tato, que inmediatamente la puso en tierra y comenzó a esquivar rivales. Nunca se había visto a nadie moverse así. Una gacela, con gracia, pero con talento. Se visitó de crack el Tato avanzando entre las piernas de los compañeros que no entendían para que equipo estaba jugando. La verdad es que daba lo mismo. Hasta chuletas le tiraron, pero no hubo como bajarlo.

Resistió todo hasta llegar al arco. Últimos metros. Portería desguarnecida. A centímetros de la gloria y antes de la línea de gol, el Tato inexplicablemente se detiene. Mira hacia atrás viendo la monumental obra de arte, con compañeros desparramados por doquier. Le hace un gesto a la Aura, casi con indiferencia triunfante. Toma aire. Impulso. Y sin mediar nada más que su propio pensamiento, revienta el envase con la planta del pie.

- Se acabó...

El silencio fue catatónico.

- Puta que soy hueón- increpó el Chico Mella. Mientras que la muchedumbre murmuraba con enojo y frustración.

Lo que vino después es difícil de describir. Una masa hostil se fue en contra del Tato. Este, dispuesto a dar la pelea, se paró erguido y agazapado espero su destino.

Pese a que el Tato inspiraba respeto, no le sirvió de nada.

Entre veinte lo patearon en el suelo. Al principio como que quiso decir algo, pero después sólo se entregó al castigo, una vez más inmutable.

Ese día nació la leyenda. Claro, porque minutos más tarde Maradona les daría un baile a los ingleses, incluso con la "mano de Dios" de por medio. Sin embargo, ese día quedó en la historia por aquella reivindicación de derechos que hizo el Tato. Bueno que para muchos también fue una

reverenda tontera.

Dicen que ese día llegó a su casa y no pudo almorzar. De hecho cuentan que durmió hasta el otro día. Lo cierto es que las pinchangas siguieron, pero nunca volvimos a ver algo tan épico, llamativo y extraño como lo de aquel día.